

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION



HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 42 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION PARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que nos den el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO

Embajador, por R.—Al dulce nombre de María, poesía, por C. M. de R.—Jacobo, por R.—Isabel, por M. C.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL EMBAJADOR.

(CONTINUACION.)

Figurábasele que habia entrado en algun palacio de encantadoras, ó en alguno de los mágicos castillos á donde la buena suerte solia conducir á los caballeros andantes, y para un hombre acostumbrado á las severas y religiosas creaciones de la arquitectura gótico-bizantina no podian menos de tener algo de ideal, fantástico y voluptuoso las de la arquitectura morisca. La severidad de las costumbres mahometanas no permitia que un profano penetrase en los recónditos gabinetes, en los aposentos de baños y en

las frescas salas de misteriosa luz, donde los moros tenian recatadas sus bellezas.

Ignoradas quedaron estas para don Juan, que tampoco pudo subir al *tocador de la reina* en las torre de Comares, desde el que se domina toda la Alhambra, el *generalife* y la deliciosa vega. Allí, en medio de los ardores del estío, acudian la reina y sus damas a respirar la fresca brisa de las sierras, y a recrear su vista en la contemplación de lo que se llamaba paraíso de la tierra.

Fuera de esto, el cristiano pudo recorrer grandes patios, embaldosados de mármol y circuidos por galerías y columnatas que sustentaban arcos cuajados de menudas labores, entre las que se leian tambien inscripciones arabes, y mirar pórticos de ligeras y casi transparentes formas.

Todo esto embellecido con los productos de una vegetación lozana, con arboles de fresca sombra, con macetas de flores, con limoneros, rosales y arbustos odoríferos, que crecian en los patios y en los sitios donde su efecto calculado debia ser mas sorprendente. Entró en salas incrustadas de azulejos de vivos colores que competian con los de las techumbres, particularmente en la llamada de *justicia*, la de *las dos hermanas*, y la de los *Abencerrajes*, por la que se paseaban entonces algunos de estos orgullosos guerreros bien agenos de creer que sus cabezas habian de rodar algun dia por aquel pa-

vimiento, y que su sangre había de enturbiar la cristaliana fuente que en medio de la sala resonnaba.

Cuando el entusiasmo del cristiano caballero llegó á su colmo, fué al penetrar en el suntuoso recinto conocido con el nombre de *patio de los leones*. Llámase de esta manera por la fuente que hay en medio, cuyas copas de alabastro están sostenidas por doce leones de mármol. Solo las pretensiones que dicen tuvo el arquitecto árabe constructor de esta fuente de imitar la piscina, de Salomón ó el mar de bronce, sostenido por doce bueyes para lavatorio de los sacerdotes de la antigua ley, explica el motivo de haber infringido abiertamente la ley de Mahoma, que prohíbe á los suyos la representación de seres vivientes en obras artísticas.

La poca práctica que en esta representación tenían, la comprueban las toscas formas de los leones de la fuente, comparadas con las afiligranadas labores, menudas como encaje, de los lijeros arcos, que sostenidos sobre delgadas columnas de mármol blanco rodean todo el patio.

Hallábase entonces animado con la presencia de varios guerreros granadinos, ostentando las varias divisas y colores de sus tribus, entre las que campeaban las blancas y azules de los Abencerrajes, y las rojas y verdes de los Zagríes: todos con aquella elegancia, aquel tipo caballeresco que caracterizaba á los moros andaluces, sin hacerles perder el valor indomable de su antiguo origen.

Tantos objetos y tan nuevos, bien podían embargar la atención de don Juan; pero había además otra causa para que él se detuviese, y como de intento en aquel sitio.

Los moros no solo le habían observado desde su entrada, sino que se le iban acercando en actitud desdeñosa; por consiguiente, en acelerar sus pasos para salir, sería dar indicios de una timidez de que estaba muy ageno.

Todo al contrario, había él calculado á cuantos musulmanes podría dar que hacer un solo caballero cristiano, y como la prudencia no es la virtud que mas tenían de sobra los impetuosos paladines de Castilla, resolvió hacer frente á los moros diciendo para sí.

—Por Dios! que he de darles una lección, si se atreven á insultarme.

Este era precisamente el designio que los moros traían.

Bullíales la sangre en el cuerpo, al ver tan cerca de sí un enemigo declarado de su raza, y la arrogancia con que había espuesto su embajada, acrecentaba mas los deseos que tenían de

vengarse. Esperimentaban entonces como una necesidad de desahogar su cólera insultando al que la había producido.

—Bien defiende el cristiano la causa de su rey, dijo el primero que se acercó como á cumplimentarle, aunque la expresión de su voz hacia de este elogio un vituperio.

—Si supiera, contestó otro, sostenerla con obras en el campo, conforme saben hacerlo con palabras en la corte, cierto que el rey de Castilla tendría poderosos defensores.

—Todo caballero español, contestó dignamente don Juan, procurando aparentar serenidad, tiene no solo palabras, sino brazo para defender donde quiera la causa de su rey, y confundir el orgullo de los enemigos de su religion.

—¡Oh! si... contestó el moro con burlesca ironía, la religion que hace creer la pureza de la madre siempre virgen.

Acertó el infiel con el lado vulnerable del religioso caballero que gritó furioso y fuera de sí:

—Perro!... blasfemo! He de arrancarte la lengua, si osas ponerla en la Santísima Virgen sin mancilla.

Y el estallar de la cólera del cristiano paladin, no fué tan poco enérgico que dejase de alcanzar al zegrí con un buen tapa-boca con su manopla de acero. Retrocedió el ofendido musulmán tirando inmediatamente del alfanje. Sus demás compañeros creyeron que debían sostenerle, y se agruparon al rededor, los gritos de muerte y de venganza resonaron en todo el patio, y don Juan se vió cercado de enemigos sedientos de su sangre; pero él ya había puesto mano á la espada, había procurado resguardarse con uno de los pilares del patio, y comprendiendo que se hallaba en puesto donde era preciso sostener el honor de su patria, mil vidas hubiera dejado en él, antes que infamar alguno de los cuarteles de su escudo.

Felizmente pronto fué sacado de tan azarosa posición.

(Continuará.)

F. F. V.

AL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

*Maria, bello lucero
 flor de suavísimo aroma,
 hermosísima paloma,
 clara antorcha celestial;*

*Cubre mi lira de flores
 y da á mi acento dulzura,
 para cantar la hermosura
 de tu nombre virginal.*

*Tu nombre es fuente del cielo
 cuyos divinos raudales,
 consuelos da celestiales
 al que gime en el dolor.*

*Es estrella misteriosa,
 iris de paz y bonanza,
 única y dulce esperanza
 del misero pecador,*

*Tu nombre llena el espacio
 y los vientos encadena,
 la furia del mar enfrena
 y aplaca la tempestad.*

*Presta á las brisas dulzura,
 á las aves suave acento,
 puro azul al firmamento
 y á los astros claridad.*

*A tu nombre el orbe todo
 humillado se arrodilla,
 la luna argentada brilla
 con mas puro resplandor.*

*Y cantando en tu alabanza
 de serafines el coro,
 pulsán sus arpas de oro
 junto al trono del Señor.*

*Tu nombre divino invoca
 el huérfano abandonado,
 la madre que al hijo amado
 ve cercano á perecer.*

*Y el marinero luchando
 con la tempestad bravia,
 pide á la Virgen Maria
 que le venga á socorrer*

*Tu nombre es fulgida aurora
 que el trono escelso ilumina,
 germen y esencia divina
 de el candor y la virtud.*

*Es clara estrella que alumbra
 el sendero de la vida,
 es el canto do se anida
 la alegría y la salud.*

*Maria, tu dulce nombre,
 claro sol de mi existencia,
 guarde siempre la inocencia
 y la fe en mi corazon.*

*El me preserve del vicio,
 y en el mundo borrascoso,
 el me conduzca amoroso
 á puerto de salvacion.*

C. R. DE M.

JACOBO.

Comunmente deseamos recoger como recuerdos religiosos todo lo que pertenece á la vida de los hombres ilustres. Por consiguiente, esta anécdota no carecerá de interés, pues todos vosotros conoceis á su héroe principal: Napoleon I.

En un hermoso día de verano, dos muchachos, un niño y una niña, se divertían en correr por un jardín magnífico de Ajacio, capital de la isla de Córcega. Armados cada uno de una redecilla, propia para coger mariposas, se entregaban con ardor á la persecucion de aquellos hermosos insectos.

Estos niños eran: Napoleon, uno de los hijos de Carlos Bonaparte y de Leticia Ramolini; y la pequeña Elisa, su hermana.

Dirígense ambos hácia un grupo de lilas que estaba en un extremo del jardín, separado del campo por un simple cercado. Casi en un mismo instante las dos redecillas fueron aplicadas sobre una rama, donde acababa de detenerse una mariposa; pero ésta, huyendo el cuerpo, se escapó, y elevándose en el aire, moviéndose á derecha é izquierda, tomó su vuelo por encima del cercado y se dirigió á la campiña.

—¡Ah! ¡Dios mio! Napoleon, ¿qué has hecho?

—He franqueado el desfiladero para ganar la batalla. Sígueme.

Entonces, separando las ramas, y tomando á su hermana de la mano, la ayudó á pasar á la otra parte del cercado. Libres entonces, se entregó á la persecucion de la fujitiva, y poco tardaron en encontrarse en campo raso. De repente, Elisa da un grito; en su aturdimiento ha tropezado con una aldeanita que llevaba del brazo una cesta de huevos, haciéndole caer con su carga y quedando los huevos esparcidos por el suelo.

—Salvémonos, dijo Elisa en voz baja á Napoleon; esta muchacha no nos conoce; volvámonos corriendo á casa y mamá no lo sabrá.

—Yo no huiré, dijo Napoleon; me quedo. No ves como se desespera esta muchacha; ya que nosotros tenemos la culpa de su desgracia, nos toca repararla.

Elisa, avergonzada, se ruborizó y bajó los ojos; pero como tenía buen corazón, se acercó á la aldeanita, que continuaba llorando; enjugó sus lágrimas, y se puso á coger los huevos que habían quedado enteros, pero desgraciadamente no llegaban á una tercera parte.

—¡Dios mio! decía la muchacha sollozando. ¿que haré? ¡hé aquí perdido á lo menos el valor de un escudo! ¿qué le diré á mi madre cuando vuelva á mi casa? me vá á pegar.... y el producto de esos huevos que debía alimentar á toda nuestra familia por espacio de tres días...

—¡Vamos! consuélate, le dijo Napoleon, dándola dos pequeñas monedas de plata que tenía en su bolsillo; aquí tienes ya una parte del valor de tus huevos; ahora síguenos, y tendrás lo que te falta. Elisa se acercó, y le dijo misteriosamente al oído:

—¿Qué piensas hacer, Napoleon? Esto nos valdrá á lo menos tres días de á pan y agua.

—Hemos quebrado los huevos, contestó Napoleon, es preciso pagarlos.

En este momento se dejó oír la voz aguda del aya, que hacia resonar el aire con los nombres de Napoleon y Elisa.

—¡Aquí estamos! ¡aquí estamos! respondieron á la vez los dos muchachos.

—¡Ah! ¡gracias á Dios! hace dos horas que os estoy buscando. ¿Quién es esta muchacha? añadió al ver á la aldeanita que seguía á Napoleon.

—Corriendo tras las mariposas, dijo Napoleon, hemos quebrado sus huevos, y la conduzco á mamá para que pague el destrozo que hemos hecho.

Pocos momentos despues el aya y los dos niños, seguidos de la aldeanita, entraron en una sala, en la que se hallaba reunida la familia Bonaparte. Madama Leticia tomó la palabra:

—Napoleon, Elisa, os habia regalado unas redecillas, y me habeis desobedecido saltando al cercado, y alejándoos al través de la campiña; volvédmelas, y así os evitaré la ocasion de desobedecerme por segunda vez.

—Mamá, dijo Napoleon, yo soy quien tiene la culpa; yo me he llevado á Elisa.

La muchacha no dijo una palabra, pero saltó al cuello de su hermano.

—Hermana mia, dijo el arcadiano de Ajacio, pecado confesado es ya medio perdonado; yo pido gracia para Napoleon.

—¡Oh! tio mio, dijo Elisa, pídale usted tambien para mí, se lo suplico, porque he hecho mucho mas daño que él.

—Pues ¿qué pecado tan grande has cometido? dijo sonriendo el anciano; habla francamente, y te prometo interceder por tí.

Elisa, algo tranquilizada por aquella promesa, empezó su narracion con voz temblorosa, y contó como habia derribado á la aldeanita y quebrado los huevos que llevaba.

—¡Vamos! está muy bien, Elisa, has sido sincera, como no siempre acostumbras; quiero recompensarte por ello, encargándome de inclinar á tu madre en tu favor. Ven á abrazarme.

Los dos niños estuvieron en paz.

—Mamá, dijo entonces Napoleon, tengo todavía una gracia que pedirte. Me das media peseta cada semana para divertirme; pues bien, acaba de pagar los huevos á esta pobre muchacha que está esperando el resultado de esto, y no me darás nada mas hasta que estemos en paz.

—Consiento, dijo madama Leticia, haciendo acercar á la aldeanita, dándole un escudo: Napoleon, ahí tienes el importe de seis semanas.

La muchacha corrió hácia Napoleon, queriendo devolverle las dos monedas que habia recibido de él en el momento de la ocurrencia, pero este no quiso aceptarlas.

Tanta probidad prendó á madama Bonaparte, que entonces interrogó á la aldeanita, y supo que era hija de un pobre pescador, que su madre estaba enferma, y que vivia en una mala choza, situada en la orilla del mar, á poca distancia del punto en que su cesta habia caído.

—¿Dices que tu madre está enferma, hija mia; sin duda no tiene médico que la cuide? Iré á verla.

—¡Oh! mamá, te lo suplico, exclamó Napoleon; vamos en seguida. Acompañaremos á Carota.

—De muy buena gana, respondió madama Bonaparte, Vamos allá, hijos míos.

Los niños no se lo hicieron repetir. Poco tiempo después llegaron al pié de un peñasco.

—Es aquí, dijo Carlotta señalando una choza miserable.

Cuando entraron en ella, un muchacho de unos doce años se ocupaba en hacer una red; una niña pequeña estaba sentada en el suelo comiendo un mendrugo de pan, y un niño mucho mas pequeño todavía dormía en una cuna estropeada, cubierto con un viejo cobertor, hecho girones. El niño y la niña iban apenas vestidos; sin embargo, una mirada arrojada sobre su humilde traje bastaba para asegurarse de que en todo lo que podía tener cabida el orden y la limpieza se podía estar seguro de encontrarla.

La choza contenía apenas algunos muebles indispensables. El niño dormía, y aunque tenía las mejillas pálidas y los brazos flacos, estaba bien arreglado en su cama.

Sobre un mal jergon estaba tendida la enferma: una mujer joven todavía, pero cuyas místicas facciones causaban lástima.

La miseria de aquella pobre familia conmovió profundamente á madama Bonaparte, que no había visto jamás un espectáculo semejante.

—Está usted enferma, buena mujer, dijo madama Leticia acercándose; ¿la cuida á V. algun médico?

—¡Ah! señora! los pobres como nosotros no deben reclamar servicios que no pueden pagar.

Durante este diálogo, Napoleon se había acercado al muchacho que hacía la red, y no tardó mucho en hacer con él el más amplio conocimiento.

Desde este día la choza era muy amenudo el objeto de los paseos de madama Leticia y de sus hijos.

Jacobo, talera el nombre del hijo del pescador, se había particularmente grangeado las simpatías de Napoleon, que de sus ahorros hallaba siempre medio de poner algo aparte para él. Así es que había venido á ser para Jacobo el objeto de una especie de culto y adoración; Jacobo lo hubiera sacrificado todo por Napoleon, hasta su vida.

Sin embargo, cuando Napoleon llegó á los diez años, hubo de abandonar á Ajacio. Antes de marchar fué á despedirse de la familia del pescador, y no pudo separarse de Jacobo sin derramar algunas lágrimas. Tenía una hermosa cajita de ébano, á corta diferencia de la magnitud de una de las de poner tabaco, con las cuales tenía mucha semejanza, y después de haber grabado en ella su nombre con la punta de un cortaplumas, la regaló á Jacobo, que la recibió sollozando y la colocó inmediatamente sobre su corazón. Era un recuerdo que no debía olvidar jamás.

Nos abstendremos de seguir á Napoleon en las diferentes fases de su prodigiosa fortuna.

El 2 de Diciembre de 1805, el ejército francés estaba acampado en los llanos de Austerlitz: sale el sol; rodeado de sus generales, espera el emperador que el horizonte esté del todo despejado para dar sus órdenes.

—¡Soldados, exclamó, es necesario terminar esta campaña con un golpe fulminante! Y el combate se empeñó á los gritos de ¡Viva el emperador!

En lo más reñido de la acción, un ruso llegó á pocos pasos de Napoleon; le apunta, sale el tiro; pero un soldado se había precipitado delante del emperador, y cae á impulsos de la bala que había de tocar al gran capitán. Napoleon lo ha observado todo, y dá orden de que se le socorra. Después de la batalla corrió por sí mismo á informarse de su estado. El soldado solo estaba herido. Cuando se presentó el emperador pareció haber olvidado

de su herida, y levantó hacia él sus ojos, en los que brillaba un fuego extraordinario. Examínale Napoleon con mayor atención; un recuerdo confuso representa las facciones de aquel hombre. De repente repara en manos del soldado los fragmentos de una caja de ébano rota al recibir el balazo que le hirió. No hay duda es Jacobo, el hijo del pescador. Era él, en efecto, que hasta aquel momento no se había atrevido á penetrar cerca de aquel que había sido su bienhechor; él, que habiendo entrado en el ejército francés, había querido combatir á lo menos por aquel Napoleon á quien amaba tanto. Llevaba siempre sobre su corazón la caja que Napoleon le había dado, que le salvó la vida por haber debilitado el balazo del soldado ruso. Napoleon como podeis imaginaros, no se concretó á lo dicho. Le colocó en su guardia, y proveyó á sus ascensos. Sus beneficios se extendieron á toda su familia, y el nombre del emperador fué bendecido.

Cuando la fortuna se cansó, en fin, de los favores que había acumulado sobre la cabeza del conquistador, y precipitándolo de lo alto de su trono lo arrojó al árido peñasco de Santa Elena, una barca costó largo tiempo el litoral de aquella isla, mientras había un buque estacionado en alta mar á alguna distancia. Era Jacobo, que había resuelto libertar al prisionero. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, pues los frustró la vigilancia de los ingleses. Desesperado Jacobo, fué á establecerse en Santa Elena, y llegó á obtener la autorización de servir al ilustre cautivo. Asistió á su agonía y á su muerte, y hasta 1840 no abandonó su sepulcro. Cuando llegó al fin el día de la brillante vindicación á los manes del grande hombre, Jacobo acompañó sus cenizas, haciendo parte del séquito funeral. Y luego después se podía ver en la capilla de los Inválidos á un anciano que cada día iba á arrodillarse al pié del sepulcro que encierra los restos mortales del emperador Napoleon. No es necesario decir que aquel viejo era Jacobo.

R.

ISABEL.

(CONTINUACION.)

La nieve cubría la tierra con una capa de dos pies de espesor: alguna al caer, se congelaba y parecía una lluvia de hielo que no permitía distinguir el cielo ni la tierra; otras veces eran torrentes de agua que abrian grandes precipicios en los caminos, ó ráfagas de viento, tan violentas, que Isabel para evitar su fuerza se veía precisada á abrir grandes hoyos en la nieve,

y á cubrirse la cabeza con grandes pedazos de corteza de pino, que diestramente arrancaba de los árboles, como lo había visto practicar á ciertos habitantes de la Siberia.

Un día que la tempestad arrojaba la nieve á grandes copos, formando cual densa niebla, que inundaba la atmósfera de tinieblas, Isabel tropezaba á cada paso; y no distinguiendo el camino, se vió obligada á detenerse: refugióse bajo una gran roca, á la cual se adhirió cuanto la fué posible, á fin de resistir á la fuerza del viento que arrastraba todo lo que había al rededor.

Mientras que permanecía allí inmóvil apoyada contra la roca, con la cabeza baja, creyó oír muy próximo un ruido confuso que la dio esperanza de encontrar un asilo mejor: se arrastró con trabajo hacia aquel lado, y vió un kibick volcado y una cabaña á alguna distancia. Apresuróse á llamar á aquella puerta hospitalaria, la cual fué abierta por una anciana:

—¡Pobre jóven! la dijo, conmovida por su miseria: ¿de donde vienes, á tu edad, sola, transida de frío y cubierta de nieve?

Isabel respondió como de costumbre:—Vengo de la otra parte de Tobolsk, y voy á Petersburgo á pedir el perdón de mi padre.

Al pronunciar estas palabras, un hombre que apoyaba la cabeza en sus manos, la levantó de repente, y mirando á Isabel con sorpresa, exclamando:

—¿Que dices? ¿Vienes de la Siberia en ese estado, en esa miseria, y en medio de las tempestades para pedir el perdón de tu padre? ¡Ah! lo mismo que tú haría mi pobre hija; pero se me arrancó de mis brazos sin que sepa á donde se me conduce; sin que pueda solicitar para mí: no la volveré á ver ya, moriré por ello...

Isabel se conmovió.

—Caballero, dijo vivamente, creo se puede vivir algún tiempo separado de su hija.

—Ahora que conozco mi suerte, continuó el desterrado, podría instruir de ella á mi hija: he aquí una carta que la he escrito; el correo de este kibick que vuelve á Riga, donde se halla mi hija, consentiría encargarse de ella, si pudiese ofrecerle alguna recompensa; pero no tengo ni aun un miserable kopeck: los crueles me lo arrebataron todo.

Isabel sacó de su bolsillo el rublo que le quedaba, ruborizándose mucho de tener tan poco que ofrecerle; le dijo con una voz tímida poniendo la moneda en manos del desterrado:

—Si esto bastare...

Estrechó éste la mano generosa que le ofrecía toda su fortuna: corrió á dar el dinero al correo; era el dinero de la viuda, y el correo se conten-

tó con él. Dios había bendecido la ofrenda y permitiendo que apereciese lo que era de grande y magnífico, á fin que sirviendo para devolver una hija á su padre, y la felicidad á una familia, diese frutos dignos del corazón que la había hecho. Cuando se calmó el huracán, Isabel quiso ponerse en camino: abrazó á la anciana que la había cuidado como á su hija, y la dijo en voz baja para que no pudiese oír la el desterrado:

—No puedo recompensaros; nada tengo absolutamente; no puedo ofrecerlos sino las bendiciones de mis padres que constituyen al presente mi única riqueza.

—¡Que! interrumpió la anciana en voz alta, ¿lo habéis regalado todo, pobre hija mía?

Ruborizose Isabel, y bajo los ojos.

El desterrado levantó las manos al cielo, y cayó de rodillas ante ella.

—Angel que me has dado toda tu riqueza, la dijo, ¿nada puedo hacer en tu obsequio?

Había un cuchillo sobre la mesa, cogióle Isabel, cortó un rizo de sus cabellos, y dándole al desterrado, le dijo:

—Puesto que vais á Siberia, vereis al gobernador de Tobolsk, dadle esto, os lo ruego: Isabel le envía á sus padres, le direis.... Quizá acceda á que este recuerdo llegue á sus manos, y les muestre que su hija vive todavía.

—Te juro obedecer, dijo el desterrado: y en esos desiertos á donde se me envía, si no me hacen esclavo, sabré encontrar la cabaña de vuestros padres, y decirles lo que habéis hecho hoy.

Segun los sentimientos de que se hallaba adornado el corazón de Isabel, el don de un trono la hubiera conmovido menos, que la esperanza del consuelo que sus padres iban á recibir. Nada poseía sino la moneda que la dió el batelero del Volgr, y sin embargo, podía creerse rica porque acababa de experimentar los únicos placeres que puede proporcionar la riqueza. Por medio de sus dones había producido la alegría de un padre, y consolado una huérfana; ¡ved ahí lo que puede producir un rublo en manos caritativas!

Desde Volodimir hasta Pokrof pueblo de la corona, el país es pantanoso y está cubierto de bosques de olmos, encinas y manzanos silvestres, en el estío, estas diferentes especies de árboles encantan la vista, pero son generalmente el refugio de los ladrones: en el invierno se les teme menos, porque despojados los árboles de sus hojas, no les permite ocultarse tan bien. Sin embargo, oyo Isabel durante su camino hablar de robos que se habían cometido: si hubiese poseído algo, la hubieran atemorizado estos rumores; pero obligada á mendigar su pan, la pare-

cia que su pobreza la ponía al abrigo de todo, y que bajo esta éjida podía atravesar sin peligro aquellos bosques.

Algunas veras antes de llegar á Pokrof, el camino real había sido destrozado por un gran huracán, y los viajeros se veían precisados para ir á Moscow, á dar un gran rodeo á través de los pantanos que en este paraje forma el Volga: estaban cubiertos de un hielo tan espeso, que caminaban por ellos tan bien, como por tierra: Isabel tomó aquel camino que la habían indicado, marchó mucho tiempo al través de este desierto de hielo; pero como no había marcado en él camino alguno, se perdió y fué á parar á un terreno fangoso, del que la costó mucho trabajo el salir. En fin, después de muchos esfuerzos, llegó á un cerro un tanto elevado.

Cubierta de lodo y muy cansada, se sentó en una piedra, se quitó sus zapatos, y los puso á secar al sol, que brillaba entonces con mucha fuerza. El aspecto de aquel lugar era triste y salvaje: á nadie veía ni se oía ruido alguno. Vió Isabel que se había alejado mucho del camino real: y á pesar de su valor, la aterró su situación. Detrás de ella estaban los pantanos que acababa de atravesar, y mas allá un inmenso bosque cuyo fin no veía.

Comenzaba á declinar el día.

A pesar de su estremado cansancio, levantóse la jóven esperando encontrar un asilo ó personas que la ayudasen á ello: anduvo errante al azar, pero en vano: no encontró ni oyó á nadie; parecía que una voz humana la había enchido su corazón de alegría.

De repente oyó muchas, y vió hombres que salían del bosque: marchó hácia ellos llena de esperanza; pero cuanto mas se aproximaba, mas se cambiaba su alegría en miedo: su aire salvaje y su feroz fisonomía la aterraban mas que la soledad en que se hallaba: recordó lo que se la había dicho de los ladrones que recorrían aquella comarca, y temió que Dios la castigase por la temeridad que la persuadió que no había riesgo alguno; por lo que se arrojó á implorar la misericordia divina.

Avanzó la muchedumbre, y se detuvo cerca de Isabel; preguntáronla de donde venía y que hacía allí.

La jóven con una voz temblorosa les respondió: que venía de Tobolsk, y que iba á pedir al emperador el perdón de su padre; añadió que había creído morir en los pantanos: que esperaba recobrar algunas fuerzas para ir á buscar un asilo.

Admiráronse aquellas gentes: preguntáronla mas y quisieron saber que dinero llevaba para

hacer un viaje tan largo. Saca de su pecho la moneda del balquero del Volga, y se la enseñó.

—¿Es eso todo? exclamaron.

—Todo, les respondió.

Miráronse á estas palabras los bandidos unos á otros: no se enternecieron, no se conmovieron; la costumbre del crimen no se lo permitía: pero quedaron sorprendidos: no podían comprender lo que veían; había en ello algo de sobrenatural: parecían que un poder desconocido protegía á esta jóven.

Llenos de respeto no osaron hacerla daño, y se alejaron diciendo:

—Dejémosla, porque Dios seguramente la protege.

Levantóse Isabel y huyó precipitadamente por el lado opuesto: entró en el bosque, y apenas anduvo algunos pasos, cuando vió cuatro grandes caminos en forma de cruz, y en uno de los ángulos una capillita dedicada á la Virgen, á cuyo lado se levantaba una columna, en la que estaban escritas las ciudades á que conducía cada camino: Isabel conoció que se había salvado; y se prosternó con reconocimiento: los ladrones no se habían engañado; Dios velaba por ella. La jóven no sentía ya su fatiga: la esperanza le ha devuelto las fuerzas: tomó apresuradamente el camino de Pokrof, encontró muy pronto el Volga que forma un rodeo cerca del pueblo y baña los muros de un convento de monjas.

Apresúrase Isabel á llamar á aquella puerta hospitalaria, en la que refirió su pena y pidió un asilo; diéronlelo inmediatamente, y fué acogida como una hermana; pero al verse rodeada de aquellas almas piadosas y puras, que la prodigaban los mas tiernos cuidados, creyó por un momento haber encontrado á su madre.

La sencilla y modesta narración que Isabel hizo, fué un motivo, de edificación para toda la comunidad. No se cansaban aquellas buenas hermanas de admirar la virtud de aquella jóven que había sufrido tantas fatigas y pruebas, sin haber murmurado una sola vez. Sentían no poder subvenir los gastos de su viaje: pero su convento era muy pobre y no tenía renta, y ellas mismas vivían de la caridad pública. A pesar de todo, no pudieron resolverse á dejar que la huérfana continuase su camino con un vestido hecho jirones, y con el calzado destrozado.

(Continuará.)

M. C.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Así había sucedido, y hé aquí por lo que el doctor venia con ella, y por lo que Federico vió confirmadas sus sospechas y creyó mas y mas en la perfidia de su prometida.

Cuando el médico penetró en la casa, cuando el jóven juzgó que iba á reunirse con la mujer que amaba, su cólera no tuvo límites y no fué dueño de contenerse.

Se acercó á la puerta que su rival supuesto acababa de traspasar, la empujó violentamente y se halló en un patio pequeño, pero alegre y cercado de flores.

¡Ay! el padre no escaseaba nada para hacer cómoda y alegre la morada de su hija.

Federico miró en torno con ojos estraviados, y distinguió una escalera en un ángulo apartado.

Subió sus escalones y llegó al piso principal.

Guiado por los celos é impulsado por la cólera, penetró por una puerta, la primera que halló á su paso, y allí, en una estancia pequeña pero amueblada con esmero, estaba Valentina; estaba el doctor!

Federico en su locura no vió nada mas, no vió un blanco lecho donde una niña reposaba, no vió á una mujer llorando junto á ella! nada, nada distinguió: pero acercándose á su prometida, con la mirada estraviada, y ciego y desesperado.

—¡Señorita, la dijo; vengo á devolverle la palabra que me dió; vengo á rescatar la que yo le tenia empeñada, creyéndola una jóven virtuosa, vengo en fin á decirle que no es digna de mi amor, la que así ha manchado de cieno las venerables canas de su padre!

Valentina sobrecogida por aquella inesperada aparición, trémula, aterrada, herida en lo mas profundo del alma por aquellas palabras, lanzó un agudo grito, quiso hablar, quiso responder... pero la palabra quedó cortada en sus labios y cayó al suelo sin sentido.

El doctor corrió á sostenerla.

Federico se quedó inmóvil.

La niña enferma se estremeció y ocultó su cabeza entre las ropas del lecho.

Pasado el primer momento de estupor, el médico alzó la cabeza y preguntó con un acento lleno de dignidad.

—Podré saber, caballero, que significan esas palabras y quién le ha dado derecho para penetrar de este modo en mi casa?

—Yo era ayer el prometido esposo de Valentina, exclamó Federico, creyendo que con aquella sola palabra quedaba explicado todo.

—Y bien? preguntó el doctor friamente.

El jóven desorientado ante la calma de aquel hombre, sintió que sus ideas se turbaban, y tuvo impulso de asesinarle en aquel sitio.

—No comprende V., dijo, que todo lazo ha quedado roto entre nosotros, que al encontrarla aquí han muerto todas mis ilusiones, que...

El doctor se aproximó al delirante jóven, cogió su brazo, y aproximándolo á Valentina que seguía desmayada,

—Sí, exclamó, tiene V. razon! el que puede dudar de un ángel como ese, no es digno de llamarse su esposo!

Federico miró al médico con asombro, tanta audacia le enloquecía.

—Sí, continuó aquel con acento mas solemne cada vez; la jóven que se sacrifica por su padre, que vende su talento, que utiliza sus conocimientos, que dá en fin lecciones de francés y música, para ganar al mes algunas miserables monedas con que atender á un anciano que se muere de hambre; haciendo de su virtud un secreto, de su trabajo un misterio, para evitar un dolor á su pobre padre, merece un esposo que sepa comprenderla, merece un esposo que la sepa apreciar.

En aquel instante y como corroborando aquellas palabras, la niña enferma levantó su angelical cabeza y murmuró con débil acento.

—Papá, papá, pon buena á mi maestra, pon buena pronto á Valentina, ¿no ves que pálida y quieta se está?

El doctor besó la frente de la niña, y respondió con triste acento.

—Sí, hija mia, si, pronto estará buena, á no ser que... ¡Pobre criatura! el golpe que ha sufrido es demasiado terrible para que pueda soportarle.

Valentina hizo un brusco movimiento que estremeció al doctor.

—Pronto, pronto, Catalina, un barril de sales, exclamó, esta jóven va á sufrir una crisis violenta, y es preciso evitar... es preciso socorrerla.

La buena muger mas turbada cada vez, corrió á ejecutar las órdenes de su señor.

En cuanto á Federico, pálido, desencajado é inmóvil, sentía que el sudor bañaba su frente, y que la tierra huía bajo sus piés, pero no sabia que resolución tomar.

La fé perdida de su corazon, pugnaba por penetrar en él de nuevo.

La presencia de Valentina, sin palabras, y sin voz, tendida en aquel sillón, con todas las apariencias de la muerte, oprimía su alma y la llenaba de remordimientos, por que se acusaba á sí mismo de su estado y de su dolor, y comprendía que acaso el exceso de su amor era lo que había producido en ella aquel accidente fatal.

De pronto, los cárdenos lábios de la jóven se abrieron y dieron paso á una carcajada que heló á Federico de terror.

Una de esas carcajadas violentas, desgarradoras, cuyo sonido no tiene igual,

—Valentina! gritó corriendo hácia ella, Valentina mia, perdon, perdon!

—Es tarde! murmuró el doctor, es tarde ya! el golpe que ha recibido ha sido demasiado cruel, y no ha podido resistirle.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.